

Teología y Espiritualidad**

Irma Hernández Torres

“Hablar a Dios de Dios” (*loqui Deo de Deo*) es lo que tradicionalmente significa teología. Ésta versa sobre el significado de la palabra de Dios dirigida a las personas, que la aceptan e intentan vivirla. Escuchar es el primer acto teológico. Es, en cierto modo, la prolongación del *auditus fidei* por el que se acepta el mensaje y la llamada a ser cristianos. La teología es la escucha atenta y la reflexión crítica de la Palabra revelada. Esta escucha de la palabra, según Raimon Panikkar¹, desencadena la experiencia, experiencia de fe. La Palabra es el éxtasis del silencio.

El teólogo es la persona que busca el significado de la Palabra de Dios y de la vida de la fe. Este proceso de búsqueda se hace dentro de un contexto socio-cultural y no en el vacío.

La espiritualidad es la disciplina teológica, que fundada sobre los principios de la revelación, profundiza en la experiencia cristiana; su objetivo es la vida cristiana. Se pasa de tener la vida cristiana como mero objeto de estudio a descubrir la misma experiencia como lugar teológico, de vivirla como tal. No se trata de una teología sobre la experiencia espiritual del cristiano, sino una teología desde la experiencia cristiana.²

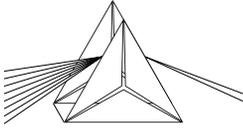
Ser espiritual es vivir de acuerdo al conocimiento de que Dios está presente como el principio de transformación personal, interpersonal, social y cósmico. Estar abiertos al Espíritu es aceptar quienes somos, quienes estamos llamados a ser y dirigir nuestras vidas a responder a la gracia de Dios en nosotros. Dios es universal, por lo tanto no sólo existe la espiritualidad cristiana, existen otras espiritualidades, pero me limitaré a la cristiana.

La espiritualidad cristiana es la experiencia viva de la fe por la fuerza del Espíritu; es la dimensión en virtud de la cual, la persona es capaz de una relación trascendental. Vivir de acuerdo al Espíritu es disfrutar la vida y la paz. Las dimensiones esenciales de toda espiritualidad son: el camino hacia el interior, el camino a lo trascendente,

** Ponencia ofrecida en la Universidad Interamericana de Arecibo, el miércoles, 17 de septiembre de 2008, en el simposio La Teología en los Albores del Siglo XXI.

¹ R. Panikkar, “La pienezza dell’uomo”, Una cristofanía, Siruela, 1998. p.82.

² S. Gamarra, Teología Espiritual, BAC, Madrid, 1997, p.20.



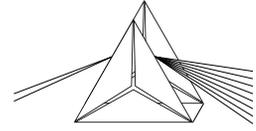
y el camino hacia los otros. El camino hacia el interior es fruto de la tendencia elemental de orientar todo hacia ese punto absoluto del espíritu en la persona; es descubrir el Dios que habita en mi interior. El camino a lo trascendente supone la relación con el Misterio, con el Dios que nos habla y nos salva. Es importante para la espiritualidad cristiana sacar su fuerza vital de la acción salvífica de Dios en Jesucristo, presente en la Iglesia y transmitida por su palabra. El camino hacia los otros es esencial en la espiritualidad cristiana, pues nos invita al compromiso con los demás, con la sociedad, para transformarla y practicar la justicia con los menos afortunados. La espiritualidad cristiana trata del amor gratuito; es la integración de toda la persona desde la fe, la esperanza y el amor.

La irrupción en el horizonte espiritual humano de formas nuevas de espiritualidad plantea retos nuevos a la reflexión teológica y, sobre todo exige una renovación profunda a la teología, de modo que ésta sea capaz de responder a las exigencias de nuestra sociedad postmoderna, secular y tecnológica. Estas corrientes postmodernas nos impulsan a comprender y proclamar el Evangelio en el nuevo momento cultural, social y eclesial en el que nos encontramos y, desde allí, descubrir los valores que fecundan la vida cristiana.

La sensibilidad de la religiosidad del cristiano de hoy, marcada por el postmodernismo, se orienta hacia lo vital y lo concreto; por lo tanto, la espiritualidad se presenta como una urgencia de vivir y de anunciar el reino de Dios. No se busca analizar o teorizar de modo abstracto sobre el fenómeno de la vida espiritual, como se ha hecho en el pasado, sino, más bien, se trata de vivirla. Es la búsqueda de la santificación de la existencia humana. De aquí la urgencia de una renovación, es decir, de crear un puente entre la vida espiritual y la teoría, fomentando la integración de la espiritualidad³ en el conjunto de una teología viva.

La teología espiritual se concibe como una ciencia teológica que fundamenta la evolución de la vida espiritual. Esta dimensión experiencial permite que la espiritualidad contribuya al enriquecimiento del pensamiento teológico. El reto es convertir la teología espiritual en fuente doctrinal. La necesidad de recobrar esta unidad es fundamental para integrar la teología espiritual dentro de la teología sistemática, descubriendo las fuentes de la revelación y a su vez imprimiendo a la teología sistemática un carácter más espiritual.

³ H. U. von Balthasar ve la espiritualidad cristiana como la integración de toda la persona desde la fe, la esperanza y el amor en Ensayos Teológicos I, p. 227.



La comprensión de la Revelación se obtiene no solamente a través de la reflexión teológica, sino también por “la percepción íntima que experimentan las cosas espirituales”⁴. El problema que encontramos es que la teología académica se vuelve extraña a la experiencia mística y la teología experiencial pierde contenido, cayendo en un romanticismo fuera de la realidad.

La experiencia del Misterio no se da únicamente en las manifestaciones extraordinarias, sino en la vida cotidiana. Por lo tanto, la espiritualidad y la mística no son el privilegio de unos pocos, sino la dimensión de la vida humana a la que todos tenemos acceso y estamos convocados. Todos estamos llamados a ser místicos, aún en tiempos como los de hoy, en los que se vive en una extrema contradicción. La crisis actual consiste en la ausencia de una profunda experiencia de Dios, fruto del fenómeno de la secularización, de la indiferencia religiosa y del ruido exterior.

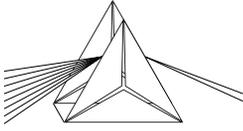
En una sociedad post-cristiana, como la nuestra, decimos que la religión ha ido perdiendo su impacto y ha desaparecido de la vida social. Sin embargo, la religión ocupa un lugar prominente en la cultura; basta mencionar los movimientos esotéricos que han surgido. Debido al materialismo existente, las familias no transmiten valores como la solidaridad y el altruismo; sin embargo, los jóvenes siguen empleando su tiempo y energía en labores de voluntarias en los países en desarrollo.

Los avances tecnológicos nos han llevado sin razonamiento alguno a cambiar la forma de comprender el mundo. Nos encontramos en la era de la electrónica, en una verdadera revolución tecnológica. Esta realidad nos mueve hacia la eficacia, el rendimiento, la utilidad; nos lleva a la funcionalidad. Hemos caído en un sistema que amenaza con no detenerse, en la lógica funcionalista que todo lo quiere abrazar, como afirma José Ma. Mardones.⁵ Este sistema tecno-económico según Jürgen Habermas⁶, lleva a la persona a creer que el sistema ha colonizado todos los espacios sociales, quitando la libertad y haciendo creer que lo más racional y humano es lo que mantiene al sistema funcionando. El centro de las relaciones sociales, que antes estaba ocupado por la religión, ahora lo

⁴ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la divina Revelación, Dei Verbum, #8.

⁵ José María Mardones, “Postmodernidad y cristianismo”, Presencia Teológica, 1era. Parte.

⁶ Jürgen Habermas, “Theorie des Kommunikativen Handelns”, Suhrkamp, Frankfurt.



domina la economía. La ciencia se ha dedicado a un progreso material técnico, pero no ha podido aquietar el interior del ser humano ni su sed religiosa.

El pensamiento postmoderno es el enemigo de todo aquello que da orientación a la vida y conduce eventualmente al rechazo de la religión y por ende de Dios. Nietzsche ya había advertido la llegada de una época de la muerte de Dios que, a la misma vez, representa la muerte del humanismo. El individuo postmoderno se siente desencantado, según Mardones⁷, debido a tres aspectos: la desconfianza, el desengaño y el escepticismo. No hay grandes verdades ni dogmas; todo está centrado en el presente, en lo que puede satisfacerlo. La postura postmoderna es indiferente, no-dialéctica. Dios ha muerto, las grandes metas desaparecen y a nadie le importa. Esta actitud tiene consecuencias en la espiritualidad.

Por otro lado, la proliferación de movimientos religiosos nos indica que hay una búsqueda, una llamada a una transformación radical. Es evidente el aumento en los grupos o movimientos que buscan una verdadera experiencia con la trascendencia. Gente de toda edad acude a los monasterios en busca de Dios, hacen retiros, comparten la liturgia, gozan del silencio y el desierto.

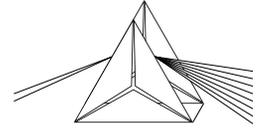
El futuro del cristianismo requiere un descenso a lo más profundo del ser. El retorno a la espiritualidad es un signo renovador, un impulso unificador y un lugar de encuentro. El cristianismo percibe la espiritualidad como el encuentro amoroso con el Dios personal y trino. El núcleo es la vida trinitaria que se derrama sobre la creación en la persona de Cristo. Hans Urs von Balthasar dice que estamos en el mundo para amar a Dios y al prójimo; quien desee descifrar el sentido de la existencia deberá atenerse a este principio sencillo, de cuyo centro se desparrama la luz a todas las oscuridades de la vida.⁸

La postmodernidad es un gran desafío para la Iglesia, pero también una gran oportunidad para infundir esperanza en una cultura que parece ser un callejón sin salida. La postmodernidad no es, sino que va siendo y, poco a poco, se expande a escala universal. En efecto, estamos viviendo un momento crítico, pero abierto a un renacer. Todo parece indicar que la cultura marcada por la postmodernidad está sedienta del misterio.

Los cambios acelerados de los últimos años nos permiten decir que estamos viviendo unas transformaciones, culturales y eclesiales profundos.

⁷J.M. Mardones, En torno a la postmodernidad, Barcelona, 1990.

⁸H.U. von Balthasar, "Estados de vida del cristiano", Encuentro, 1994. p.18-19.



Vivimos en un mundo en evolución, en una cultura de cambio como estilo de vida, vivimos en el cambio, con el cambio y en constante espera de cambio. Es un tiempo crítico de grandes contradicciones de crisis de identidad de vida, de desconfianza, pero, a la misma vez, tiempo de gracia y de esperanza. Son momentos apocalípticos, de hora de Dios; del Dios que desea hacerse presente con su voluntad salvadora.

Una mirada a la realidad que nos rodea es imprescindible: La sociedad pluricultural actual se nos presenta matizada por: la postmodernidad y la muerte de Dios, el sincretismo religioso sobre todo de matriz asiática, la exclusión de los menos afortunados, el crecimiento de una cultura de masas, la descristianización de Europa y la situación religiosa en Asia.

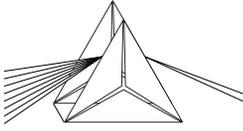
En el discurso postmoderno nos encontramos con grandes contradicciones: la recuperación de la espiritualidad ante la ausencia del misterio, la búsqueda del silencio ante el ruido ensordecedor y la necesidad de renuncia ante el consumismo. La cultura postmoderna está sedienta de misterio. Por eso, la juventud está cansada de vivir una vida sin rumbo y buscan una espiritualidad que dé sentido y orientación a sus vidas. Vemos la sed y búsqueda de Dios frente al grito de angustia, hastío y a la necesidad de una vida que dé sentido a su existencia.

Este contexto nos ayuda a valorar la experiencia de fe que brota de la transformación interior y de la oración. Desde esta profunda transformación se puede elaborar una teología fundamentada en el misterio, en la experiencia, en el silencio.

La renovación espiritual no se da en el vacío, sino dentro de una realidad cultural determinada. Por eso es importante la mirada profunda al ámbito social, cultural y eclesial mundial. Desde la experiencia espiritual estamos llamados a dar una respuesta a las necesidades del mundo y de la Iglesia.

Las situaciones que vivimos hoy no son muy distintas a las que los místicos del pasado vivieron. Lo cual nos deja ver claramente la relevancia que estos tienen hoy para una humanidad sedienta de misterio y experiencia. No basta que ellos hayan sido místicos, nosotros también estamos llamados a serlo. Las experiencias místicas se ubican en el desarrollo normal de la vida de la gracia.

El místico o la mística no son personas especiales, viven las mismas realidades que cualquier otro cristiano, aunque de forma diferente. El místico acepta la gracia de Dios y deja que El obre. El amor a Dios y al prójimo es fundamental en el crecimiento de la vida espiritual y mística.



El desarrollo de la relación con Dios y con el otro es la clave para la experiencia de Aquel que se hizo hombre entre los hombres y que amó hasta el extremo.

En este momento de transición social y cultural, la espiritualidad y la mística deben ser orientadas hacia el Misterio y desde allí ser anuncio de esperanza para el mundo contemporáneo. Sin místicos no hay sociedad humana. La experiencia interna es lo que nutre el compromiso y la acción.

¿Cómo puedo entonces descubrir la espiritualidad en mi vida cotidiana? Mi fe y mi espiritualidad son fundamentalmente escuchar a Dios. La escucha es el elemento que aglutina las distintas facetas de la vida y de mi vida. Es el hilo conductor que subyace en las decisiones y en los caminos que cada uno ha ido recorriendo hasta el presente. La escucha es lo que nos libera y nos llena de paz y gozo. La escucha es la manera específica de llevar a la práctica y a la vida la fe. La escucha y el amor están íntimamente relacionados. Escuchar es un acto libre; sin embargo, para escuchar hay que querer escuchar. Escuchar no quiere decir no hablar, supone hacer silencio interior, hacer un vacío interior, un espacio para acoger la palabra de aquél a quien quiero escuchar.

La espiritualidad hace un llamado profundo en una sociedad marcada por la superficialidad y el egoísmo. Nos ofrece buenas nuevas en tiempos de crisis y nos convoca a escuchar. Nos muestra el camino hacia el interior, el camino a lo trascendente y el camino a los demás. Es para personas que trabajan, ocupadas con el diario vivir; para quienquiera que sea y para quien desea responder a los grandes interrogantes de la vida, de manera sencilla, actual, clara y accesible.

En medio del ruido ensordecedor de la vida diaria: escucha. Escucha con oído de amante. Escucha la voz de Dios. Escucha en tu propio corazón el sonido de la verdad. Este escuchar exige años de esfuerzo, de búsqueda, de escuchar todo de la vida, de aprender a escuchar la voz de Dios. Hasta que algún día podamos escuchar a aquellos que amamos, pero, sobre todo, podamos llegar a amar a los que nos desagradan y descubrir que la santidad está aquí y ahora. Entonces podremos recoger la cosecha de toda una vida de conocer a Dios, para tener un buen comienzo.